



Lucía Morán 08

Entrevista

El impulso vital e incontenible de Lucía Morán Giracca



Lucía Escobar

Me da la impresión que Lucía Morán Giracca, la Luchy es una mujer que no desperdicia su tiempo. Siempre está ocupada haciendo algo interesante: organizando algún foro o coloquio, mostrando sus pinturas, actuando en algún cortometraje, produciendo alguna telenovela internacional, organizando una subasta de arte para ayudar a algún amigo o escapando hacía alguna laguna perdida en la montaña.

Por estos días se la pasa viajando entre Antigua Guatemala y la ciudad capital entre su estudio y sus otros trabajos. En su faceta de pintora se encuentra terminando una serie de acuarelas que se centran en las raíces y los ancestros para una muestra individual

que se llevará a cabo en mayo en la Galería El Ático.

En Antigua Guatemala hay cuadros de ella expuestos en el Restaurante Angie Angie como parte de su trabajo con el colectivo C.A.C.A y en el marco del Día Internacional de la Mujer se encuentra en exhibición la pieza *A la fuerza*, una camisa de fuerza bordada a mano con frases cotidianas escuchadas por la autora y que representan parte de la carga machista que la mujer lleva encima. La portada de febrero de la revista feminista La Cuerda es una pintura de ella.

En su rama comercial pero que no descuida el gusto artístico, tiene el proyecto Corazón de Volcán, una tienda virtual de objetos artesanales diseñados por la artista



y bordados a mano por una cooperativa de mujeres indígenas. Bolsas, aretes, monederos, playeras, cojines viajan hacia diferentes partes del planeta tierra para llenar de colores fuertes y mensajes particulares, algún espacio.

Por si esto fuera poco, Lucía se encuentra a cargo de diseñar la agenda de actividades visuales del Centro de Cooperación Española en Guatemala, un trabajo que le apasiona porque implica la gestión cultural, otra de sus grandes pasiones y en la que tiene experiencia vital y conocimientos académicos. Además imparte clases de patrimonio cultural en la Universidad del Valle de Guatemala, como para no olvidar su alma mater y su experiencia en la Arqueología que estudió y ejerció durante algún tiempo.

Parte de su trabajo como artista puede verse en las páginas <http://www.luciaenazul.com/> o www.corazondevolcan.com.

Una mujer tan plena, activa y dedicada como Lucía Morán es difícil de atrapar, así que no lo intentaré con esta nota. Nuestra entrevista se llevó a cabo parte en su estudio con vista a los volcanes y parte vía correo electrónico.

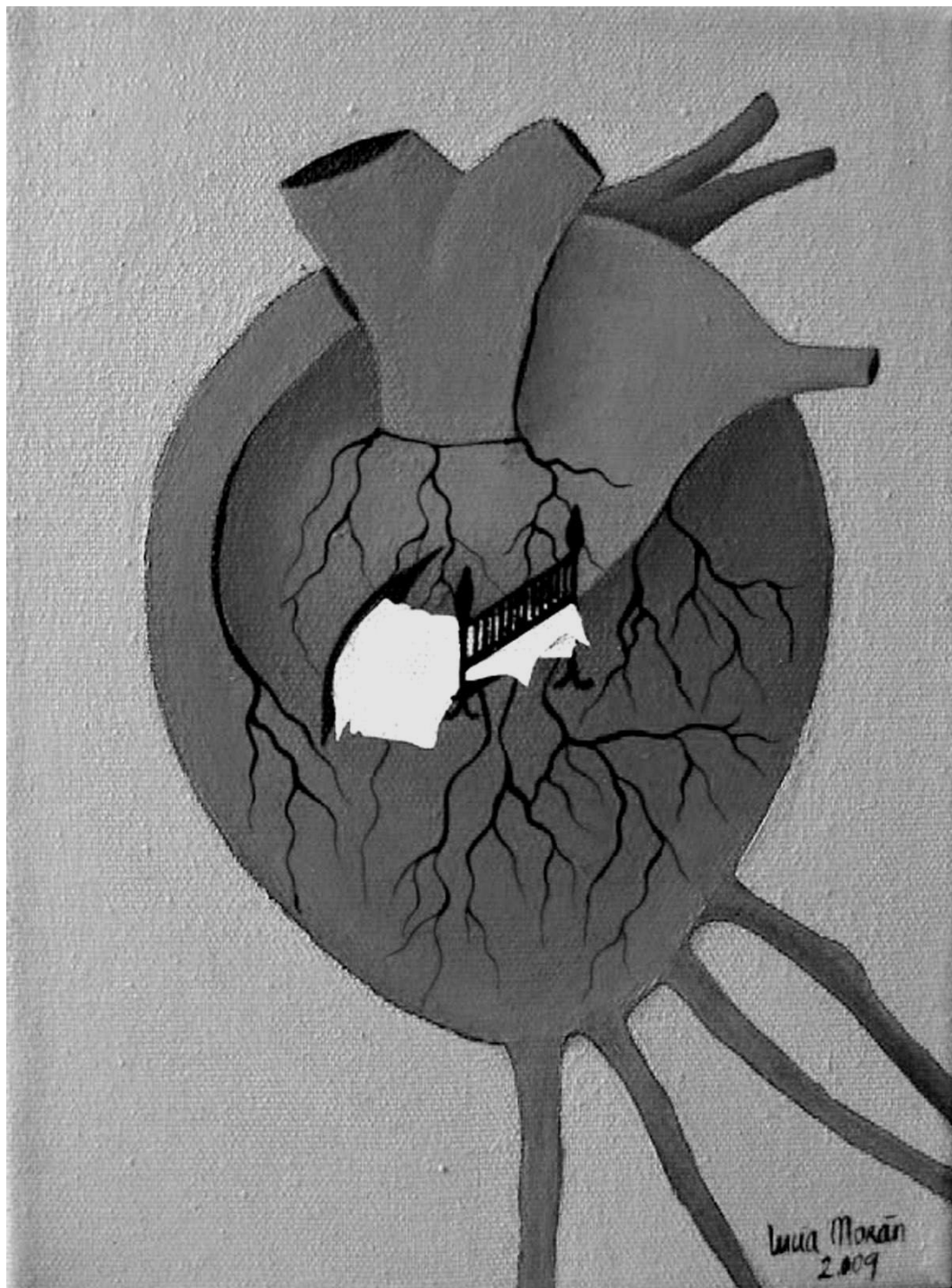
¿Cómo fue crecer en una familia de artistas?

Mi abuelo materno es un gran arquitecto que siempre me ha motivado con la pintura. Mi abuela fue actriz y tiene una gran fuerza que me inspira. Mi madre siempre está creando y fue esencial en impulsarme para pintar desde que soy niña. Ella, aconsejada por mi abuelo, me dió materiales para que experimentara sola sin meterme a clases que pudieran influenciar mi manera de pintar. Creo que fue bueno porque ya en el colegio, en las clases de arte tenía conflicto con compañeros y profesores porque me gustaba «pintar duro» o pintar las cosas de colores que no eran reales. Recuerdo a los niños diciéndome «las nubes son celestes pálidas no como las pintas», pero yo tenía tan claro como quería que fueran mis nubes, que no me importaba mucho.

¿Recuerdas cuál fue tu primer contacto con alguna pintura?

Tal vez una de mis memorias más concientes sea un dibujo de Magda Eunice Sánchez que estaba en la casa de mi tía Verónica. Yo pasaba horas observando el

trabajo con el que Magda había dibujado las manos, esas manos me obsesionaban. Todavía hoy lo veo como si lo tuviera enfrente. Y hace poco en casa de mi tía, dentro de un viejo libro, encontré un boceto mío en el que intentaba copiar ese dibujo.



Por supuesto sólo yo sabía qué era esa mi intención.

Si desde pequeña tenías esa vena artística tan fuerte ¿Por qué estudiaste arqueología y no arte?

A veces yo también me lo pregunto. Pero viendo para atrás recuerdo que en aquellos años la única opción era estudiar en la Escuela Nacional de Artes Plásticas y en esa época (según la información que yo tenía), el nivel de la escuela era muy bajo. Y bueno, a la vez que el arte ha sido muy importante en mi familia también lo social ha tenido gran importancia. Mi abuela materna fue una gran intelectual que marcó muchísimas cosas en mi vida, ella murió cuando yo tenía apenas 12 años pero me impregnó de muchas otras inquietudes. Cuando decidí estudiar arqueología pensaba en lo importante que sería entender a la humanidad desde sus inicios a través de los objetos que ha creado y de cómo ha modificado su entorno y ese es un concepto muy artístico. También me apasionaba la idea de viajar en el interior de Guatemala, conocer y vivir por temporadas en lugares recónditos y poco accesibles al resto de población. Esto me sigue pareciendo fascinante. La Arqueología ha sido un regalo como parte de mi formación.

¿Influye la arqueología en tu obra?

Imagínate que la arqueología estudia al hombre a través de sus objetos y la maravilla es que aquellos objetos que pueden considerarse verdaderas obras de arte son aquellos que más nos cuentan de la persona que los elaboró, de su contexto social, de su cultura, de su momento de existencia. Los arqueólogos vemos las cosas con otros ojos, inevitablemente conocemos el contenido simbólico y social que un objeto contiene y eso, está presente en mi trabajo y en mi vida. La arqueología me da una visión mucho más amplia de mi papel en la sociedad como artista y conciencia sobre la temporalidad de los procesos, también de los procesos creativos.

La influencia de Frida Kalho en la pintura actual es muy fuerte ¿Te sentís también bajo ese influjo?

Muchas veces la gente ve eso en mi obra. Yo no lo veo así pero entiendo que el espectador lo perciba de esa manera. Creo que más que tener una influencia directa de Frida Kalho en mi pintura lo que pasa es que las dos tenemos la inspiración y las raíces conectadas en una cultura compartida. Para mi Guatemala es esencial en mi trabajo, si no hubiera nacido en esta tierra no sé qué es lo que pintaría. Y esas raíces mesoamericanas con las que yo me siento identificada son tal vez las mismas en las que Frida se inspiraba. Esa fascinación por estas tierras con su «ancestría» latente es que lo que me parece que se refleja en parte de mi obra que puede recordar el trabajo de Frida Kalho. De cualquier manera es un honor.

También está el tema de la enfermedad temprana, pero eso es mucho más profundo y tendría que platicar largo y tendido con Frida para tender puentes y entender cosas.

¿Qué te motiva a pintar?

Un impulso vital incontenible.

¿Cuáles son tus temas favoritos?

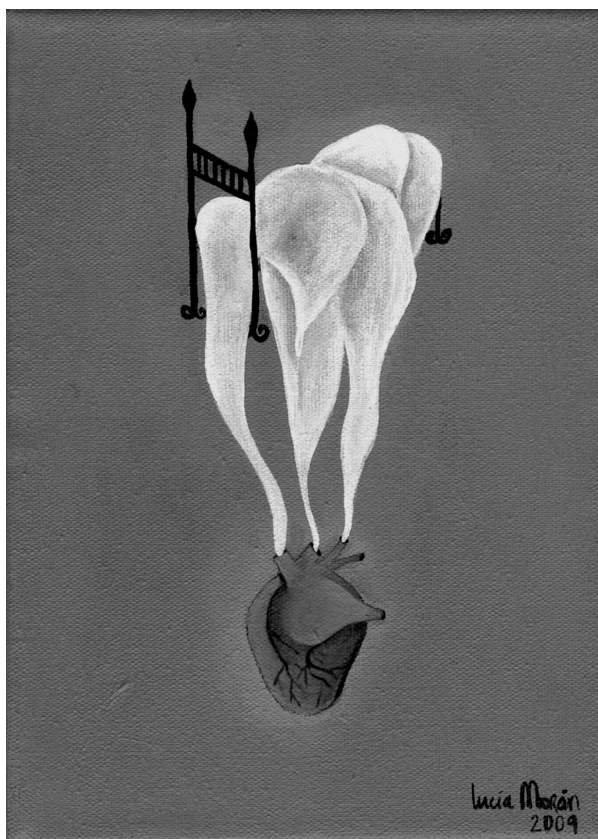
No tengo temas favoritos. Me gusta hablar de las emociones de ciertos momentos esenciales en la vida que se pueden plasmar muy bien como metáforas visuales. Me gusta explorar las relaciones entre personas, la relación de los individuos con el ambiente, la mujer, las raíces, las transiciones.

¿Y tu técnica preferida?

He trabajado mucho con el acrílico y desde hace un par de años también con técnicas mixtas, serigrafía, acuarela, tinta pero no tengo una favorita.

¿También has realizado performances? ¿Has incursionado en instalaciones y arte objeto?

Sí, en el año 2000 gané el certamen JÓVENES CREADORES del ahora inexistente BANCAFÉ con el performance

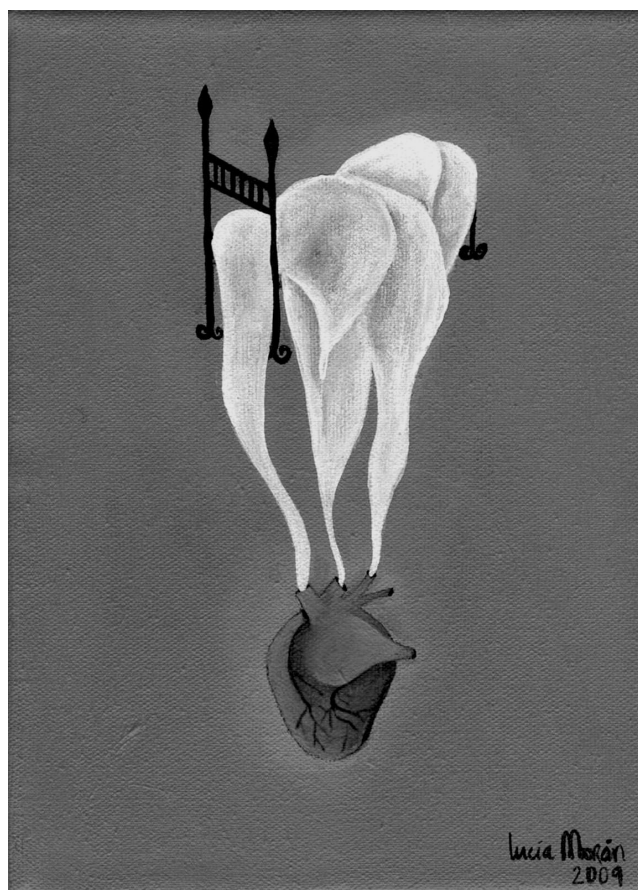


Guardarecuerdos. Era una exploración de la memoria que queda plasmada en la piel. He seguido trabajando con este tema aunque no he expuesto los trabajos que resultaron de esto. También he hecho instalaciones como el *Decodificador cromático subjetivo* en el que asocio los colores a frases como códigos muy personales. Las instalaciones son apasionantes y muchas veces van muy de la mano de la pintura. No he hecho más performance pero tengo algunos en el horno que no tardaré en hacer. Hay cosas que solo puedes decir con la pintura, otras que solo puedes decir con el arte objeto o las instalaciones. Lo he explorado todo pero últimamente es la pintura en donde mejor me encuentro.

También sos gestora cultural ¿Cómo te metiste a producir eventos y lidiar con artistas?

Estudí un postgrado en políticas culturales y una maestría en gestión de

empresas e instituciones culturales con especialidad en patrimonio. Soy artista visual, arqueóloga y también gestora cultural. Antes luchaba para definirme como una sola cosa hasta que entendí que contengo todo esto y que intentar definirme en una sola disciplina es inútil. Trabajar en proyectos culturales me nutre, me inspira y me conecta con la sociedad en la que vivo. Es fascinante. No creo que pueda dedicarme solo a la pintura, siento que me aísla del mundo y que no estoy aportando a Guatemala todo lo que soy capaz de aportar. Al final todo el trabajo que hago es con la cultura que es lo que me apasiona. La gestión cultural me gusta mucho y nació a través de mi experiencia en el MICUDE cuando trabajé en la implementación del Plan Nacional de Desarrollo Cultural a Largo Plazo, un documento inspirador y muy completo que propone como incluir la dimensión cultural





en todos los ámbitos del desarrollo humano. Este trabajo definió buena parte de mi trabajo actual en el que siempre se vincula la cultura con el desarrollo. Mi manera de manejar esta «doble» disciplina es por temporadas o cambiando radicalmente de un chip al otro, incluso en el mismo día.

¿Y tu relación con el cine?

Mi relación con el cine es larga. Mi padre trabajó como actor en algunas de las películas de los hermanos Lanuza en la década de los setentas en Guatemala. Desde niña fui testigo de la magia del cine desde cerca. Sobre todo del cine guatemalteco. Después cuando trabajaba en el MICUDE tuve a mi cargo el trabajo con los cineastas a través de la creación de AGAcine, Asociación Guatemalteca del Audiovisual y la Cinematografía. Fue una experiencia muy positiva y con muchos logros. Cuando saqué mi postgrado en Políticas Culturales en Barcelona mi proyecto final fue la elaboración del Plan Estratégico de AGAcine, un documento valioso que tristemente en la asociación no le han puesto mucho coco. También fui presidenta de AGAcine en el 2012, puesto al que renuncié. Mi compañero de vida es cineasta así que en mi casa todo el tiempo hablamos de cine, una de las herramientas más poderosas para la transformación de las sociedades, sobre todo cuando hablamos de un cine honesto de producción local. Lo complicado es que el cine se hace con equipos y con dinero, los países que producen buen cine tienen leyes de cine y apoyos desde el estado. En Guatemala no tenemos ninguno de los dos, pero a cambio tenemos un montón de entusiasmo con el que se levantan las películas pero esta situación tiene que cambiar.

¿Cómo fueron tus años en Barcelona?

Barcelona es mi otra casa, ahí está la mitad de mi corazón. Fui primero en el 2003 a vivir, quería caminar y caminar y ver cosas fuera de Guatemala. Viví allí, trabajé y luego apliqué a la Escola Massana de Art y Diseny, fui aceptada a pesar de que contaban con



muy pocas plazas. Allá estudié un ciclo formativo de grado superior en pintura. Esa fue mi primera etapa en Barcelona. Después volví en el 2007 a estudiar un postgrado en Políticas Culturales y un master en Gestión Cultural. Pinté muchísimo, montamos la Primera Muestra de Cine Guatemalteco en Barcelona con los compañeros de la Asociación CREAARTE. Viajé, estudié muchísimo, conocí otras formas de vida. Digamos que los seis años que viví en Barcelona han sido esenciales en mi desarrollo personal y artístico.

¿Sera cierto que a los guatemaltecos en el exterior les nace más el nacionalismo? ¿Sentiste eso en tus años afuera?

En mi caso no creo que sea nacionalismo lo que nace con la distancia. Más bien es

una perspectiva diferente. Ver a Guatemala desde la distancia te da una visión muy diferente y mucho más intensa. Tanto de los problemas y dificultades como de las virtudes del país. Aparte es la nostalgia y la idealización de estar lejos. Eso no lo viví. Pero si viví una sensibilización intensa de lo complejo que es vivir en Guatemala y que al estar aquí, sumergidos en esta realidad no nos damos cuenta. Y eso que hablo desde un espacio privilegiado en el que nunca me ha faltado nada, pero a pesar de esto al salir del país uno se da cuenta de la gran cantidad de energía y sobre todo de energía creativa que se pierde en el miedo, en los pensamientos negativos que se cuelan de los medios de comunicación y la sensación de que se puede perder la vida en cualquier instante. Eso desgasta mucho y uno no es

consciente de ello cuando vive aquí. Al salir a un lugar más «seguro» aunque también con sus problemas, algo en mí se relajó y se hizo consciente de la intensidad de crecer y vivir en Guatemala. Pero eso da mucha fuerza para trabajar, para sensibilizar, para crear y compartir esa realidad. Dan ganas de que todo el mundo sepa lo que pasa aquí y eso es importante. No creo que eso sea nacionalismo.

¿Será el arte en Guatemala elitista? ¿Por qué?

Sin duda casi todo el arte en Guatemala es elitista. Desde los espacios que contienen producción artística hasta los discursos artísticos que se manejan y los códigos y símbolos que acompañan a la gente que «consume» el arte. Pero me pregunto ¿En dónde no lo es y cuándo no lo ha sido? En

las antiguas civilizaciones el arte era exclusivo de pequeños grupos que tenían el conocimiento, los recursos y las herramientas para producir y consumir el arte. Siempre ha sido así. Aunque hay ciertas manifestaciones artísticas y culturales que no son elitistas, estas suelen ser las que no están contenidas en espacios definidos, pasan en la calle; el grafiti, los murales, el arte callejero, el cine en las calles, las presentaciones en espacios públicos, la arquitectura monumental... pero esto es mínimo. Hay posibilidades infinitas de un arte no elitista que aproveche los espacios públicos para manifestarse pero de esto todavía hacemos poco en Guatemala, aunque cada vez hay más movimientos. El arte en Guatemala en su mayor parte es elitista pero no tiene porqué serlo.

